

»da sobre vuestras verdaderas intenciones secretas.
 »Cualquiera que sea el odio de V. M. á la Francia,
 »¿cómo, despues de la esperiencia que tiene, el amor
 »de su esposo, de sus hijos, de su familia, de sus súb-
 »ditos no le aconsejan un poco mas de prudencia,
 »una direccion política mas conforme á sus intereses?
 »V. M. que tiene un talento tan distinguido entre las
 »mugeres, ¿no ha podido desprenderse de las pre-
 »venciones de su sexo, y trata los negocios de estado
 »como negocios de corazon? Ya una vez ha perdido
 »V. M. su reino. Dos veces ha sido causa de una
 »guerra que ha estado á punto de derruir por los ci-
 »mientos su casa paternal, ¿quiere todavía ser causa
 »de la tercera?..... Aun suponiendo que la catás-
 »trofe de vuestra familia y la caida de vuestro tro-
 »no armasen la Ruisa y el Austria, ¿cómo puede
 »V. M. pensar, V. M. que tiene tan grande opinion de
 »mí, que yo habia de estar tan inactivo que me dejára
 »caer en la dependencia de mis vecinos? *Que V. M.*
»escuche esta profecia; que la escuche sin impaciencia:
»á la primer guerra de que V. M. sea causa, V. M. y
»su posteridad habrán dejado de reinar: vuestros hijos
»errantes mendigarán el socorro de sus parientes por
»las diferentes comarcas de Europa. Sentiría, no obs-
 »tante, que tomárais esta mi franqueza por amenaza;
 »nó.... yo quiero la paz con Nápoles, con la Europa
 »entera, con Inglaterra misma: pero no temo la guer-
 »ra con nadie; me hallo en aptitud de hacerla á cual-

»quiera que me provoque, y de castigar la córte de
 »Nápoles sin temer el resentimiento de quien quiera
 »que sea. Reciba V. M. este consejo de un buen her-
 »mano.... No hago la córte á V. M. con esta carta, que
 »le será desagradable. Sin embargo ella es una prue-
 »ba de mi estimacion, y no me tomaría el trabajo
 »de escribir con esta verdad sino á una persona de
 »un carácter fuerte y elevado mas de lo comun.
 »Ruego á Dios, señora, mi hermana y prima, os ten-
 »ga en su digna y santa gracia. París el 12 nivoso,
 »año XIII ⁽¹⁾.»

Los plenipotenciarios de Austria bien quisie-
 ron, y ya intentaron que en el tratado de Pres-
 burgo se insertára algun artículo que salvára la córte
 y el reino de Nápoles. Pero Napoleon prescribió es-
 presamente á Talleyrand que cerrára de todo punto
 los oidos á semejante proposicion. «Sería, le dijo, una
 »cobardía sufrir los insultos de esa miserable córte de
 »Nápoles. Ya sabeis cuán generoso he sido con ella;
 »pero ya no hay remedio; la reina Carolina dejará de
 »reinar en Italia. Suceda lo que quiera, no la mencio-
 »neis en el tratado, porque tal es mi voluntad.» En
 el tratado de Presburgo no se habló una palabra de
 Nápoles.

Hecho todo esto, dispúsose Napoleon para regre-
 sar á Francia: arregló la marcha de sus tropas,

(1) Archivo del Ministerio de Napoleon y el príncipe de la Paz.
 Estado; Correspondencia entre

bajo la dirección del general Berthier, y el partió para Munich, donde celebró el casamiento de su querido Eugenio de Beauharnais, hijo de la emperatriz, con la princesa de Baviera, cuya erección en reino y cuyo matrimonio habían sido dos objetos predilectos de sus negociaciones después del triunfo de Austerlitz. Y luego tomó el camino de París, cuya población le esperaba llena de impaciencia y de entusiasmo. Así fué su recibimiento, (26 de enero, 1806), y así sus demostraciones y su regocijo en los días siguientes á su llegada. «Y efectivamente, dice á este propósito un historiador francés, ¿de qué había de alegrarse aquel pueblo si no se alegraba de estas cosas? Cuatrocientos mil, entre rusos, suecos, ingleses y austriacos, habían salido de todos los puntos del horizonte contra Francia, en la esperanza de que se les unirían doscientos mil prusianos; pero de pronto parten de las orillas del Océano ciento cincuenta mil franceses, atraviesan en dos meses una gran parte del continente europeo, se apoderan sin pelear del primer ejército que se presenta á disputarles el paso, derrotan á los demás en repetidos encuentros, entran en la capital del antiguo imperio germánico, dejan atrás á Viena, y van á las fronteras de Polonia á romper en una gran batalla el lazo que unía las naciones coligadas. De esto resultó que, reunidos los rusos, tuvieron que volverse á sus heladas llanuras; que, desconcertados los austriacos, no se atrevieron á abandonar sus fronteras; que en tres

meses cesaron las angustias de una guerra que se creyó sería larga; que la paz del continente se restableció de pronto..... que se abrió á Francia una perspectiva inmensa, y por último que nuestra nación se puso al frente de todas las demás naciones. ¿No era esto para enloquecer de gozo al pueblo francés?»

¿Y qué extraño es que los franceses mostraran de todos los modos posibles su regocijo, cuando el príncipe de la Paz, el jefe del gabinete español, y la representación viva de nuestros reyes, había enviado á Napoleón un altisonante pláceme, que comenzaba así: «Señor.—Los sucesos que asombran hoy al mundo no aumentan la idea que yo tenía formada de las concepciones guerreras de V. M. Imperial y Real. Sus enemigos, ¿qué digo? los enemigos del continente han desaparecido; potencias formidables ya no existen: mis votos se han cumplido: las hazañas de Alejandro, de César, de Carlo-Magno se han convertido en sucesos históricos comunes; la historia no dirá nada tan grande como los altos hechos de V. M. No me queda ya que desear sino el aniquilamiento del poder inglés; V. M. I. y R. no tiene más que quererlo, y sucederá, porque veo que todo está sujeto á vuestro poderío.—A pesar, Señor, de mis deseos de hallar una ocasión de felicitar á V. M. I. y R. por sus victorias, no me hubiera atrevido hasta el regreso á París de la persona conocida de V. M.... etc. (1).»

(1) Carta de 4 de diciembre de 1805.—Archivo de Estado: Cor-

¿Era todo admiración sincera, ó impulsaba al favorito de los reyes españoles algún motivo secreto para dirigir al victorioso emperador, con quien había estado poco tiempo hacía en casi abierta enemistad, tan tierna, expresiva y lisonjera felicitación? El designio que á ello le movía revelábase en el resto de esta carta confidencial, que á su tiempo daremos á conocer, porque se refiere ya á hechos de la vida interior del palacio de nuestros reyes, á aquellas intrigas que en aquel tiempo se cernían ya dentro del régio alcázar, y que al fin estallaron en explosiones y acontecimientos ruidosos, de que habremos de dar cuenta en otro lugar ⁽¹⁾.

respondencia entre Napoleon y el príncipe de la Paz.

(1) El lector habrá observado y de todos modos no será inútil advertirlo, que nuestro propósito es anticipar en este volumen la historia de los sucesos de este reinado en lo relativo á la política exterior, ó sea á nuestras relaciones internacionales, á fin de quedar desembarazados para referir en otro volumen lo que per-

tenece al gobierno interior del reino en todos sus ramos, el origen, naturaleza y desenvolvimiento de aquellas intrigas políticas, que unidas al influjo de los sucesos exteriores produjeron al fin las fatales escenas del Escorial, el tumulto de Aranjuez, el drama de Bayona, y por último la guerra nacional con todas sus importantes consecuencias.

CAPITULO XIV.

JENA.—FRIEDLAND.—PAZ DE TILSIT.

PROYECTOS DE NAPOLEON SOBRE ESPAÑA

Y PORTUGAL.

De 1805 á 1807.

Humillacion de Prusia.—Tratos de avenencia entre Napoleon y el ministro inglés Fox.—Cuestion de Hannover.—Destronamiento de los reyes de Nápoles por Napoleon.—Coloca en aquel trono á su hermano José.—Proyecta Bonaparte la formacion de un imperio de Occidente.—Reparticion de reinos y principados.—Luis, rey de Holanda.—Destruye Bonaparte la Confederacion Germánica.—Forma la Confederacion del Rin.—Frústranse los [tratos de paz con Rusia é Inglaterra.—Reaccion del espíritu público en Prusia.—Exaltacion nacional contra Francia.—Proclamacion de guerra.—La acepta Napoleon, y marcha á Prusia al frente del ejército grande.—Célebres triunfos de Jena y Awerstaed.—Napoleon en Berlin.—Famoso decreto del bloqueo continental.—Marcha á Polonia en busca de los rusos.—Napoleon en Varsovia.—Sangrienta batalla de Eylau.—Levanta Napoleon un ejército de seiscientos mil hombres.—Memorable triunfo de Friedland.—Entrevista de Napoleon con el emperador de Rusia y el rey de Prusia.—Conferencias de los emperadores Napoleon y Alejandro en Tilsit.—Estrecha amistad que hacen.—Paz de Tilsit.—Regreso de Napoleon á París.—Guerra entre España é Inglaterra en este tiempo.—Espediciones inglesas contra las colonias españolas.—Gloriosa defensa de Buenos-Aires.—Heroismo de don Santiago Liniers.—Relaciones entre